

## /Psico EL LOBO SE COMIÓ A CAPERUCITA

Monstruos que devoran niños, gigantes sanguinarios, chicos abandonados en bosques oscuros.... Los relatos tradicionales están plagados de imágenes tenebrosas. ¿Son realmente adecuados para los pequeños? ¿Qué aprenden de ellos?

**¿Cómo se convirtió el sapo en príncipe?** ¿Con un beso? Pues no. No, al menos en la versión de los Grimm (*El rey rana*): «La princesita se puso furiosa, cogió a la rana del suelo y, con toda su fuerza, la arrojó contra la pared: '¡Ahora descansarás, asquerosa!'. Pero en cuanto la rana cayó al suelo, dejó de ser rana», reza el texto. La transformación de este brutal golpe en el tierno beso que hoy conocemos resume bien las muchas adaptaciones que los relatos clásicos han sufrido, de acuerdo con los gustos y sensibilidades de cada época. Incluso los Grimm, en la segunda edición de sus *Cuentos infantiles y del hogar*, confesaban haber eliminado «cualquier expresión inapropiada para los niños». Con todo, aun en las versiones más almibaradas, sigue habiendo escenas violentas, situaciones trágicas y estereotipos. Pero entonces, ¿son recomendables para los pequeños o deben *edulcorarse*? ¿Hay que saltarse la parte en

que al lobo le llenan el estómago de rocas para que se hunda?, ¿debe transformarse a la sosa princesa en la heroína que rescata al príncipe?, ¿conviene saltarse el hecho de que fueron los padres de Hänsel y Gretel los que los dejaron solos a su suerte?

**«No es malo leerles estos relatos**, entre otras cosas porque entienden que son eso, cuentos. Pero todo depende de su edad y del punto de vista del progenitor. Conviene que el adulto los lea previamente, que piense qué mensaje están transmitiendo, cómo van a tomárselo ellos», señala Silvia Álava Sordo, directora del área infantil del Centro de Psicología Álava Reyes Consultores, quien recomienda no enfrentarlos a situaciones realmente dramáticas, como el abandono, porque puede generarles inseguridad. Más contundente se

«Los niños se meten en la piel del personaje, empatizan con él y encuentran en su figura pautas para crecer.»

muestra la psicóloga y escritora especializada en inteligencia emocional Begoña Ibarrola, autora de varias colecciones (la última, *Cuentos para saber convivir*, en SM): «No hay que adaptarlos. A veces encarnan estereotipos, pero a la mente infantil, hasta los seis años, estos les vienen muy bien para formar su conciencia moral. De hecho, en su origen, una de las funciones de estos relatos era trasladar los valores de los adultos a los niños, con modelos y contramodelos.»

**«El problema no está** en cómo los chavales asumen el cuento», dice Ibarrola, «sino en los ojos del adulto, que lo juzga sin pensar que fue creado en un momento, cultura y sociedad determinados». La psicóloga, que ha utilizado el poder de estas narraciones en terapia infantil, coincide con Bruno Bettelheim (autor del ensayo *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*) en que sirven para entrenar las emociones: «Los niños se meten en la piel del personaje, es decir, empatizan con él, lo que ya de por sí es importante, y también encuentran en su figura pautas para crecer. El pequeño ve que el protagonista supera etapas y advierte que él también lo hace. Entiende que no va a estar siempre con papá y mamá, que saldrá y, quizá, sienta miedos, pero que no pasa nada. Los cuentos clásicos tienen un valor profundo, y por eso siguen vigentes. Hay que respetarlos como fueron concebidos.»

**¿Y qué hay del sexismo** del que se los acusa a veces? «Los niños se quedan más en la estética que en el contenido», comenta Álava. «Eso sí, cuando son mayores, conviene ampliar el margen, no centrarse tanto en la imagen de la princesa rescatada, sino en que te puedes rescatar tú», añade. **Por Ana Goñi**



## Cómo leerlos (bien)

«A través del cuento, se produce un encuentro entre el corazón del adulto y el del niño», explica Begoña Ibarrola. Un buen cuentacuentos provoca emociones; hace que el que lo escucha sienta lo mismo que el personaje. ¿Cómo? Teatralizando, gesticulando, permitiendo que el pequeño continúe la narración y repitiéndola cuantas veces lo reclame, pues a los niños les encanta saber lo que va a pasar y anticiparse. Eso sí, hasta los ocho o nueve años, esta experta aconseja no comentar el relato.